citaremos especialmente el que el arzobispo Víctor estableció en 546 en un baño contiguo á la basílica de San Urso, de Rávena (ibíd. 75).

Pocos años después fueron á su vez enriquecidas de imágenes en mosáico otras dos iglesias de esta ciudad: la de San Apolinario *in Classe*, y la de San Apolinario el Nuevo, en el interior de la ciudad. En la primera (véase Ciamp., II, 79, 89) se observa la imagen de San Apolinario en actitud de orar y vestido con la planeta (uno de los ejemplos más antiguos de este vestido.—Véase el artículo *Casulla*), y en la parte superior, el misterio de la Transfiguración representado simbólicamente (véase el grabado del artículo *Transfiguración*).

Lo que Justiniano había hecho en la iglesia de San Vital de Rávena, lo renovó, y con más lujo todavía, en Constantinopla, en la de Santa Sofía, cuyas paredes, en gran parte, recibieron revestimientos de mosáicos, como lo sabemos por el testimonio de Pablo el Silenciario (*Descrit. S. Soph.*, pars. I, vers. 230.—Cf. Furietti, 75). El Emperador empleó el mismo género de adorno en su palacio (Procop., l. I. *De ædif. Justin.*, ibíd.).

Volviendo ahora á Roma, entre los mosáicos de este tiempo que cita Anastasio, debemos poner en primera línea los de los Santos Cosme y Damián, bajo Félix IV, 526-530 (Anast. *In. Fel. IV*). Hay aquí dos grandes composiciones, de las que una, en el arco triunfal, presenta el Cordero divino en las condiciones de la visión del *Apocalipsis*, *tamquam occisus* (*Apoc.*, IV), puesto sobre un trono gemado, rodeado de cuatro ángeles y de siete candelabros (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XV); el otro, en la bóveda hemisférica del ábside (ídem, ibíd., XVI), á Jesucrito de pie sobre unas nubes, y dominando dos grupos de personajes: los más inmediatos á cada lado del Salvador son San Pedro y San Pablo presentándole á San Cosme y San Damián, que tienen en un paño de su capa la corona del martirio; y en los otros dos extremos de este magnífico cuadro, se ve á San Félix llevando un santuario que no es más que la misma basílica de la cual es fundador, y á San Teodoro, que tiene una corona sobre el paño levantado de una rica clámide (véase el monumento grabado y explicado en nuestro artículo *Trinidad*).

Anastasio menciona otro mosáico en la iglesia de San Lorenzo *in agro Verano*, bajo el pontificado de Pelagio II (en 578), cuya efigie aparece en el extremo izquierdo con el modelo de la basílica en la mano (Ciamp., II, XXVIII). Se ve á Nuestro Señor sentado sobre un globo, teniendo á sus lados á San Pedro y San Pablo, San Lorenzo, San Esteban y San Hipólito.

En nuestra Galia, en los tiempos merovingios, se había también introducido la costumbre de adornar con trabajos en mosáico, ya las tumbas, testigo la de Fredegunda, esposa de Chilperico I, que estaba en otro tiempo en San German de los Prados (véase el monumento grabado en Gregorio de Tours, edit. Ruinart., pág. 1277), ya en las iglesias: San Gregorio de Tours (*Hist. Fr.*, V, 46), señala á este tenor los de una basílica edificada en Chalons por el obispo Agrécula, en tiempo de Chilperico; y también bellos mosáicos sobre fondo de oro en una iglesia de Colonia, dedicada á 50 mártires de la legión Tebana (*De Glor. MM.*, I, 62).

En la segunda mitad de este siglo fué también decorada, á instancias del obispo Flaviano, la catedral de San Eusebio de Verceil, con una serie de cuadros en mosáico que representan los principales hechos de los *Actos de los Apóstoles*, á partir de la bajada del Espíritu Santo. Cada cuadro va acompañado de dos versos explicativos que parecen posteriores á los mismos mosáicos. El abad Gazzera ha reproducido algunos modelos de ellos en la continuación de su obra sobre las inscripciones del Piamonte.

Siglo VII. Este siglo vió producirse en Roma muchos mosáicos cuyo recuerdo nos ha transmitido Anastasio, y Ciampini el dibujo. Todo el mundo conoce la bella imagen de Santa Inés, de pie, con un libro en la mano, coronada con una venda gemada y cubierta de lujosos vestidos, imagen que se encuentra en el ábside de la basílica de la joven mártir en la vía Nomentana. Es obra del año 626, debida á la piedad del Papa Honorio I (véase Perret, II, 1, I). Severino, sucesor de Honorio, restauró el mosáico del ábside de San Pedro, que, después de su fundación por Constantino, había sufrido sensibles averías (Anastas. *In Severin.*).

Los Papas que se sucedieron después, no demostraron menos celo que sus predecesores, y dotaron á muchas iglesias de la ciudad con trabajos de este género. Así, en 641, bajo Juan IV, el arco y la bóveda absidal del oratorio de San Venancio, inmediatos al bautisterio de Letrán (ídem, *In Joan IV*), y en 642 la bóveda que corona un altar de la iglesia de San Esteban sobre el monte Celio, dedicada á los Santos Primo y Feliciano (Ciamp., II, 109), y que representa á los dos Santos de pie, y por encima de ellos una mano que tiene la corona del martirio (véase el artículo *Dios*).

Ciampini refiere al año 682 la imagen de San Sebastián, que se ve todavía en San Pedro de los Lazos, de Roma (Ciamp., II, 33.—Véase esta imagen en nuestro artículo *San Sebastián*), y al año 688 la de Santa Eufemia, figurada como *orante*, entre dos serpientes, monumento hecho por los cuidados del Papa Sergio en la iglesia de la Santa (ibíd., XXXIV. —Véase la figura en nuestro artículo *Corona*). Este mismo Pontífice, al decir de Anastasio, había ya restaurado en 687 el mosáico del *atrium* de la basílica del Príncipe de los Apóstoles.

Siglo VIII. El gusto por los trabajos en mosáico, lejos de debilitarse en este siglo, tomó nuevo vuelo, y vió también realizarse, en la práctica de este arte, un verdadero progreso. El primer monumento, por orden de fechas, es una bella imagen de la Santa Virgen, en la basílica Vaticana; débese á Juan VII, en 703. En 1692, cuando Pablo V destruyó por completo este venerable templo, la imagen fué trasladada á Florencia y colocada en la capilla de Ricci, en la iglesia de San Marcos; una larga inscripción citada por Furietti (*De musiv.*, 79), confirma el hecho.

Sabemos por el libro pontifical, que este mismo Papa decoró en 705 con mosáicos historiados las paredes del oratorio de la Madre de Dios en el interior de San Pedro. Torrigio (*De crypt. Vatic.*, II, 117) nos ha conservado el detalle. Allí se veía tres veces la imagen de San Pedro predicando en Jerusalén, CIVITAS HIERVSALEM; en Antioquía, CIVITAS ANTIOCHIA; en Roma, CIVITAS ROMA. San Pedro y San Pablo estaban allí figurados en el momento de su disputa con Simón el Mago, indicado por la palabra MAGVS, y en presencia de Nerón. Se veía á Simón precipitado desde los aires, donde se había elevado; se habían representado, además, la Anunciación de María y la Visitación de Isabel; la Natividad de Nuestro Señor y la Adoración de los Magos; la Presentación del Niño Jesús en las manos del viejo Simeón; la curación de un ciego; la entrada de Jesucristo en Jerusalén sobre una borrica; su crucifixión; por último, María, de pie, recibiendo la ofrenda de la capilla de manos del Papa Juan (Torrig., I, 117). Refiere Ciampini que este mosáico fué salvado de la destrucción y trasladado á Santa María *in Cosmedino* (*De sacr. ædif.*, 75). También se enseña en la sacristía un fragmento que formaba parte del asunto de la Adoración de los Magos.

En Letrán, en 742, el Papa Zacarías renueva el *triclinium* que se hallaba delante de la basílica, y lo adorna con mosáicos (Anast. *In ejus Vit.*). Panvinio (*De sept. urb. eccl.*, 42) y Pablo de Angelis (*Annot. ad Petr. Mall.*, p. XVI, ap. Furiet., 80), mencionan otros embellecimientos de este género que Gregorio III, predecesor de Zacarías, agregó al oratorio en la basílica de San Pedro.

En 757, el Papa Pablo es el que construye y decora con mosáicos una iglesia en honor de los Santos Esteban y Silvestre, y embellece del mismo modo las paredes del oratorio de Santa María *inter Turres*, así como otra capilla en el interior del Vaticano (Torrig., ap. Fur., ibídem). Los reyes lombardos hicieron también aparecer, hacia la misma época, un gusto pronunciado por las decoraciones con mosáicos. En 725, Luitprando edificó en Olonna la iglesia de San Anastasio (Warnfrid, ibíd.), que, como sabemos por una inscripción de la colección de Gruter, los poseía bastante notables (Cf. Murator. *Ant. med. æv.*, II, 363); aquí es donde se colocan, según se cree, aquellos mosáicos cuyos fragmentos se han encontrado en Gemignano de Toscana en el siglo último (Furiet., ibíd.).

Se ve por esto que este arte ingenioso era entonces cultivado en Roma lo mismo que fuera de ella, especialmente en varias ciudades de Italia; y el decreto del segundo Concilio de Nicea (act. VII) contra los iconoclastas, el cual hace una mención especial de las imágenes en mosáico, contribuyó mucho á su florecimiento. Por lo demás, una época dominada por príncipes tales como Adriano I y Carlomagno, debía ser una era de renacimiento para las artes así como para las letras.

Puede colocarse aquí la fecha de un curioso manuscrito que se conserva en la biblioteca de los canónigos de Luca, de la cual Mabillon hace mención (*Ad sæc.*, VIII), que Muratori refiere al imperio de Carlomagno (*op. laud.*, II, 366), y que contiene recetas para teñir los cubos destinados á la composición de los mosáicos. Estas recetas, en número de tres, están expresadas en un lenguaje bárbaro, del modo siguiente: *De tictio omnium musiborum*, «de la tintura de los mosáicos».—*De inoratione musiborum*, «del dorado de los mosáicos».—*De musibum de argento*, «de los mosáicos de plata».

En Roma es donde se encuentran, por esta época, los más numerosos mosáicos. Citemos á San Marcos en 774 (Ciamp., II, 119), un oratorio en San Juan de Letrán, debido al celo del Papa Zacarías, las iglesias de los Santos Nereo y Aquiles, y de Santa Susana *ad Duas Lauros*, decoradas por los cuidados de León III con mosáicos cuya reproducción puede verse en Ciampini.

En 797, León III había adornado con un bello mosáico una sala del palacio de Letrán, conocida con el nombre de *triclinium*; se compone de un arco y de una bóveda: se la ve hoy día en una especie de tribuna exterior, formando una de las fachadas de la casa de la *scala santa* en la plaza de San Juan de Letrán. Al lado izquierdo del arco, Jesucristo, sentado, tiene en una mano dos llaves que presenta á San Silvestre, y en la otra un estandarte coronado por una cruz, que envía á Constantino, coronado, armado de una espada y estrechando el estandarte contra su pecho. Al lado derecho, y en una disposición muy semejante, San Pedro presenta un *pallium* al Papa León III y un estandarte á Carlomagno. La composición de la bóveda ofrece la aparición de Nuestro Señor á los once apóstoles después de su resurrección.

Carlomagno, que había, en 795, permitido al Papa Adriano extraer y transportar á donde bien le pareciese, los mármoles y los mosáicos que se hallaban en Rávena, tanto en los templos como en las paredes y en los pavimentos

(*Epist.* XII, ap. Baron., *ad. an.* 795), fundó él mismo Aquisgrám, en el mismo año, según Muratori (t. II, *Med. æv.*, pág. 364), ó en 302, si hemos de creer á Ciampini (II, 129), una nueva iglesia que enriqueció con imágenes en mosáico.

Siglo IX. El celo de los primeros Papas de este siglo para procurar á sus iglesias este género de decoración, no fué menor que en los tiempos anteriores. El libro pontifical cita, bajo Pascual I, la iglesia de Santa María *in Dominica* en 815, la basílica del Príncipe de los Apóstoles en 817, como habiendo sido provistas de mosáicos. En 822, la iglesia de Santa Práxedes; en 824, la capilla de San Zenón en la misma iglesia; hacia 820, la de Santa Cecilia (Ciamp. II, páginas 140, 154). Anastasio ofrece al reconocimiento de los amigos de las artes otros tres pontífices: Gregorio IV, que en 827, en el Vaticano, coronó con una bóveda en mosáico el altar de San Gregorio; Sergio II, quien en 844 adornó del mismo modo el ábside de los Santos Silvestre y Martín, y León IV, que en 847 fundó también en San Pedro un oratorio de admirable belleza, con un ábside revestido de un mosáico en fondo de oro. Agreguemos Benedicto III, á quien se debe en 856 la restauración y la decoración en mosáico de la basílica de Santa María *trans Tiberim*.

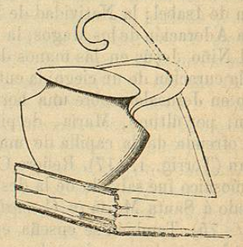
Las demás ciudades de Italia no descuidaron tampoco este arte en la misma época. En 836, bajo Luis el Bueno, la tribuna de la famosa basílica ambrosiana de Milán fué enriquecida con un precioso mosáico que ha ilustrado Puricelli (*Monum. basilic. Ambros.*). El anónimo Salernitano (Cf. Furiet., 86) menciona un notable litóstroto del año 855, ejecutado en una iglesia que fundó en Salerno el obispo Bernardo. Ciampini habla de dos mosáicos que cree procedentes de la mano de un artista griego, uno que fué establecido por Nicolás I en 858 en la iglesia de Santa María la Nueva de Roma; el otro que parecía ser de fines del siglo IX, y que todavía se veía en tiempo de este sabio en la catedral de Capua (II, 162, 166).

El cuidado que puso Ciampini en mencionar esta circunstancia, prueba que la considera como excepcional. Y, en efecto, los italianos no son partidarios de la opinión, por lo general bastante admitida en otras partes, que confunde con el nombre de obras bizantinas la mayor parte de los mosáicos cristianos. M. Barbet de Jouy (*Mosaiq. Chrét.* Préf., pág. 15) cree también que, respecto al período comprendido entre el IV y el IX siglo, nada hay menos justificado que estas atribuciones, por otra parte muy vagas. Los mosáicos ejecutados desde Constantino hasta el pontificado de Nicolás I, no tienen el carácter bizantino: y esto se entiende no sólo de Roma, sino de Milán y otros puntos.

En la misma Rávena, donde, por causas históricas conocidas del lector, refluyeron indudablemente orientales influencias, el estilo del dibujo de los mosáicos más antiguos no es griego.

Damos fin á esta rápida ojeada, que ha traspasado ya con mucho los límites de la antigüedad propiamente dicha. Por lo demás, hay aquí una detención, al menos para Roma, donde no existen vestigios de mosáicos ejecutados en 868, que es la fecha del de Santa Francisca romana en el año 1130, que vió aparecer el de la fachada de Santa María *in Trastevere*.

MULCTRA (VASO PASTORIL.)—La imagen del Buen Pastor, en nuestros monumentos antiguos, va con frecuencia acompañada de un vaso con asas, suspendido unas veces de su brazo (Buonarr., VI, 2), otras de las ramas de un árbol que está cerca de él (Perret, V, pl. LXVIII), ó bien todavía colocado á sus pies. Este es el vaso de leche ó vaso pastoril: se observa en un gran número de monumentos, entre otros en la sexta cámara del cementerio de Calixto, donde se halla unido á un *pedum* (véase esta palabra) que lleva un cordero acostado, el cual ocupa aquí el lugar del Buen Pastor.



Estos vasos pastoriles se llamaban en la antigüedad *mulctræ* ó *mulctralia* (Servius. *In egl.*, III), porque servían principalmente para ordeñar la leche. Du Cange (*Gloss. Latin. ad h. v.*) concede á cada una de estas dos palabras una significación especial: *mulctra, vas in quo mulgetur.—Multrale, locus in quo coagulationes fiunt.* Había otros vasos más grandes, y que, en razón de su uso diferente, eran designados con el nombre de *sinus* (Servius. *In eglog.*, VII). Este era el vaso para ordeñar que San Agustín y San Isidoro de Sevilla (véase *Orig.*, VI) llamaban también *alveus lactis*. Ciampini tenía en su museo uno de estos vasos, al decir de Buonarruoti, que publica su dibujo (*Vetri*, página 31).

Un gran número de sarcófagos presentan pastores ocupados en ordeñar ovejas ó cabras (Bottari, XX.—Maffei. *Veron. illustr.*, part. III, página 54), y por ellos puede formarse una idea de la figura del antiguo vaso de leche. Como quiera que sea, algunos sabios opinan que, además de su significación pastoral directa, el vaso de leche encierra algunas veces una alusión simbólica al sacramento de la Eucaristía, y en apoyo de esta interpretación citan las actas de Santa Perpetua y Santa Felícitas, en las que se refiere que la primera de estas dos mártires recibió (en su visión) de Nuestro Señor leche coagulada sobre sus manos cruzadas, como para recibir la santa comunión (véase el artículo *Eucaristía*, III, 3.º). Los monumentos, y en particular los frescos de las catacumbas, no dejan la menor duda en este asunto. Así vemos en las pinturas más antiguas del cementerio de Domitila el cordero, que es la personificación más indudable de Cristo, teniendo á sus costados el vaso de leche suspendido del cayado pastoril. Este mismo cordero divino se halla pintado en los cuatro ángulos de una bóveda del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Bossio. *Rom. sott.*, página 363), llevando sobre el lomo la *mulctra* aureolada, como se ve en la cripta de San Cornelio el divino pez llevando también sobre su dorso la cesta que contiene el pan y el vino (véase el artículo *Eucaristía*, II, 3.º). Pero tenemos un monumento donde el misterioso símbolo del vaso se presenta más evidente todavía (véase De'Rossi. *Rom. sott.*, I, página 349). El vaso está colocado aquí sobre un altar, con el obligado acompañamiento del *pedum*, y rodeado del rebaño, como en otras partes el mismo pastor. Es claro que el altar que tiene el vaso ocupa aquí el sitio del pastor que es Cristo; y este altar es el de la oblación mística donde el fiel recibe, no pan y vino, sino la carne y la sangre del Divino Pastor.

El vaso de leche era considerado algunas veces como símbolo de la primavera (véase Bottari, III, 62). El siguiente dístico, que alude á esta interpretación, se halla inscrito á la cabeza del mes de Marzo en un calendario antiguo editado por el P. Boucher (*De doctrin. temp.*, pág. 277):

Tempus ver, hæ dus petulans, et garrula hirundo
Indicat, et SINUS LACTIS, et herba virens.

«La primavera está indicada por el arrogante macho cabrío, por la golondrina parlera, por el *vaso de leche* y por la verde hierba.»

N.

NARTHEX.—En ciertas grandes basílicas antiguas había dos *narthex*, el *narthex* exterior y el *narthex* interior; estaban situados en los dos extremos del *atrium*.

Para la mejor inteligencia de esta materia, reproducimos aquí el plano del artículo *Atrium*.

I. El narthex exterior, que se ha llamado algunas veces «vestíbulo», προπυλαίον (Procop., l. V, c. 6), «propileo», πρόπυλος ó πρώτη εἴσοδος, «primera entrada» (Euseb. *Hist. eccl.*, IX), se asemejaba á los pórticos y á los peristilos de algunos edificios modernos, y todavía mejor al *chalcidicum* de las basílicas profanas de la antigüedad. Existía en toda la anchura del *atrium* (véase en el plano Z Z). El anónimo cuya obra ha sido publicada primero por Lambéce, después por Combéfis, y por último por Banduri, después de haber dicho que Santa Sofía tenía cuatro narthex enteramente distintos del *área*, añade que uno de ellos se llamaba narthex *exterior*. Los cuatro narthex que menciona eran cuatro pórticos, dos de los cuales estaban en la parte occidental, es decir, al lado de la fachada de la iglesia, y estaban superpuestos uno al otro, como se ve todavía hoy en la antigua é importantísima iglesia de Tournus (Saône-y-Loire); el tercero en la parte septentrional; el cuarto al Mediodía; no los había al Oriente, según la justa observación de Du Cange. Pero ninguno de estos narthex era el que el anónimo llama *exterior;* porque si, para que se pudiera dar este nombre á un narthex, bastaba que estuviese fuera de la nave, seguiríase que todos deberían ser considerados como exteriores. En efecto, porque no estaban en el interior, es por lo que Justiniano pudo compararlos á los cuatro ríos que salían del Paraíso terrenal. Pero como por último dice que había uno exterior, conviene necesariamente que este narthex fuese también distinto de los otros cuatro.

Luego no vemos á qué podría convenir este nombre, sino es al primero y exterior vestíbulo de la iglesia y al que los Griegos modernos llaman también *narthex del exterior*.

Bajo este narthex exterior en forma de pórtico sostenido por dos, cinco y hasta siete columnas, como se observa en el plano citado más arriba, fueron abiertas las sepulturas de los fieles desde que se permitió enterrar los muertos en el interior de las ciudades (*Concil. Nannet.*, *an.* 658, can. VI). El anónimo ya varias veces citado, asegura también que, por orden del emperador Justiniano, todos aquellos